

Reflexiones teórico literarias sobre la lengua y el exilio

Estefanía Di Meglio¹

Resumen

El exilio provocado por la última dictadura en Argentina es una de las dimensiones de tal genocidio, que ha reestructurado tanto la sociedad argentina como la identidad individual. Uno de los aspectos de la identidad que entre tantos otros se ve afectado es la lengua de quien debe exiliarse –aun cuando el país que recibe tiene la misma lengua, se trata de otra lengua, otras variedades, otros registros–. Desde la literatura, así como desde la teoría literaria, gran cantidad de autores han reflexionado sobre las consecuencias del destierro sobre la lengua, como un factor indisociable de la identidad de quien habla y de quien escribe. El objetivo del presente trabajo es recorrer algunas de esas reflexiones teóricas y literarias, siempre teniendo en cuenta el carácter identitario de la lengua así como del lenguaje. Entre los autores citados se encuentran algunos que han reflexionado sobre la lengua, el lenguaje y el genocidio nazi, como Hannah Arendt, Giorgio Agamben y Jean-Luc Nancy, de lingüistas como Ivonne Bordelois, así como de escritores desterrados de su lengua, y que se sitúan en un espacio entre lenguas que da cuenta del exilio como acontecimiento traumático, como la argentina Sylvia Molloy, entre otros.

¹ Prof. y Lic. en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata, integrante del Centro de Letras Hispanoamericanas (UNMdP). Becaria Doctoral de CONICET. Integrante de los grupos de investigación “Estudios de Teoría Literaria” y “Violencia Justicia y Derechos Humanos”, ambos de la UNMdP.

Reflexiones teórico literarias sobre la lengua y el exilio

“El poeta es un exiliado
que se halla a sí mismo
cuando descubre
las formas del olvido”.

Juan Jacobo Bajarlía

El exilio y la condición de exiliado pueden ser dimensionados como experiencias individuales y también como categoría analítica. Tierra y lengua parecieran constituir las caras de un binomio indisociable –acaso uno de los binomios que atraviesan tanto escritura como literatura. El exilio de cualquier hablante, en consecuencia, produce la escisión de ese vínculo que, en la jerga de la biología, podría caracterizarse de simbiótico. Ruptura que se ve acentuada en el exilio de los escritores, los que lo son antes de la partida o los que se convertirán en tales luego de ella. Al destierro geográfico le seguirá uno lingüístico. El siguiente trabajo es un muy breve estado de la cuestión, el relevamiento de algunas reflexiones, más bien, sobre la lengua y el exilio y sus implicancias en la literatura. Se trata de un trabajo descriptivo que permita observar ciertas constantes plausibles de ser puestas en correlación, en próximos trabajos, con determinados textos literarios que se entroncan en la literatura exilio por la última dictadura.

Adriana Bocchino, quien ha dedicado gran parte de sus estudios a la literatura del exilio de escritores argentinos causada por la dictadura, lo expresa de manera vehemente: “cualquier exilio geográfico implica un exilio de la lengua” (2008: 7). Seguramente por eso Augusto Rosa Bastos, eximio escritor que sufrió múltiples destierros, solía repetir, como quien es presa de una condición crónica, permanente e inexorable, que escribía en la lengua del exilio, lo que lo llevó a hablar del “exilio lingüístico (Marinone 2008: 63-64). Puede pensarse el exilio con la figura de la desterritorialización del lenguaje, tal como lo propone Jean-Luc Nancy: “También el lenguaje ha sido pensado como exilio del sentido, de un sentido puro, no expresado y no expresable” (1996: 118). El lenguaje, entonces, es exilio del sentido inefable:

Aunque si el sentido tiene que ser pensado, no como consecución de un significado, sino como la posibilidad de que haya significados, y de que haya infinitos significados, si el sentido es lo inagotable del significado y, por lo tanto, simultáneamente lo inagotable del intercambio de los significados, entonces el sentido es él mismo ese “exilio” y ese “asilo” que es el lenguaje. El sentido es la lengua o las lenguas mismas, en tanto que transporte indefinido de significado, ese reimpulso y esa redemanda indefinidos de significado que constituyen la lengua finísima, y con ella Babel (Nancy 1996: 118).

Emiliana Mercère, en el capítulo “El exilio como paratopía: *Libro de navíos y borrascas* de Daniel Moyano”, explica:

Desde la mirada exiliada, la lengua, las estructuras de sentimiento y de pensamiento, el sistema de valorizaciones, los imaginarios que organizan los modos de vida sufren un proceso de desplazamiento. El desterrado no puede situarse en el espacio del que partió: más allá del impedimento real, el retorno es simbólicamente imposible porque, desde las coordenadas del exilio, lo que se deja toma otras dimensiones y ya nada puede ser mirado de la misma forma (2008: 152-153).

Una de las palabras claves de la cita es la de desplazamiento, implícita, a decir verdad, en el acto mismo del exilio. El término aplica a múltiples dimensiones y gravita sobre diversidad de aspectos, planteando una suerte de solución de continuidad entre la lengua, las formas del sentir, del pensar y de establecer –muchas veces sin total deliberación– una escala axiomática diversa de la que existía antes del destierro. En última instancia, opera sobre el sistema de imaginarios y representaciones que organizan el mundo simbólico pero que también se vinculan con el real. Retomamos de la cita la aseveración de que “ya nada puede ser mirado de la misma forma” como una de las premisas básicas del exilio, que va asociada a la noción de distanciamiento (o, para ser más precisos, distanciamientos, en plural). La idea de distanciamiento bien podría definirse en los términos de los formalistas rusos, como una desautomatización de la mirada, un procedimiento de singularización que funda un punto de vista según el cual las cosas son miradas, percibidas, representadas, como si se las viera por primera vez o fuera de su contexto, como conocimiento y no como reconocimiento. Estos distanciamientos, que al decir de Carlo Ginzburg (2000) en su análisis del concepto de extrañamiento de los primeros teóricos de la literatura, son “distancias literales y metafóricas”, se producen muchas veces en y por la lengua. Más aún, uno de los distanciamientos se da hacia la lengua:

El exilio del escritor conlleva, por consiguiente, la pregunta acerca de qué sucede con su escritura cuando la territorialidad desde donde escribe no se corresponde con la de la lengua materna. En una primera etapa del exilio, se produce el extrañamiento ante la lengua extranjera pero, a medida que se la internaliza, empieza a desnaturalizarse la nativa (Mercère 2008: 153).

En efecto, Barbara Cassin sentencia que “el exilio desnaturaliza la lengua materna” (2014: 69). A su vez, la escritura literaria entre lenguas se presenta como metáfora de un trauma que permanece en los intersticios del lenguaje, en los espacios intermedios entre las lenguas. Como afirma Cassin, “no solo se puede inventar de otra manera en otra lengua, sino que se inventa entre-dos-lenguas” (2014: 97). Es el caso, por ejemplo, de Juan Rodolfo Wilcock, Héctor Biancotti, Sylvia Molloy o Laura Alcoba.

En palabras de Gerardo Goloboff, a quien retomaremos más adelante, “toda lengua, incluso aquella que se considera la inicial, es al fin de cuentas extranjera” (1990: 15). Es que el exilio queda también subsumido bajo los acontecimientos traumáticos, tanto en lo individual como en sus alcances colectivos, que incluyó la dictadura. De allí la dificultad para ponerlo en palabras:

El exilio argentino es una parte importante de las consecuencias del terrorismo de Estado que afectó a toda la comunidad nacional entre 1974 y 1984. Una anomalía traumática que irrumpe abruptamente en la convivencia colectiva. Lo traumático, por definición, violenta a los individuos y a las colectividades. Algo inesperado

hace su aparición y los relatos que dan cuenta de esa experiencia quedan desarticulados, fracturados, clausurados. Todos conocemos la incapacidad de los individuos que han experimentado sucesos traumáticos –guerras, violaciones, asesinatos– para poder hablar en primera instancia. La palabra no sirve y el relato que da cuenta de ello se resiste. Pero esa misma comunidad que ha vivido esa conmoción va a transmitir esa experiencia a las nuevas generaciones (González de Oleaga, González y Saiegh Dorín 2019: 17).

En simultáneo, el acto de escribir en el exilio y sobre él se instituye simbólicamente como un estadio del proceso de elaboración del duelo:² “el exilio es otra forma de invalidar la palabra, reduciéndola al silencio mediante su alejamiento” (Le Breton 2006: 68). Como contrapartida, Sandra Lorenzano sostiene en “El ejercicio de la memoria (desde México)” que “la memoria y la lengua son los espacios que le van a permitir al escritor territorializarse. Serán ellas su patria: la imagen de la infancia y una geografía conocida” (2001: 175).

En su artículo “Las lenguas del exilio”, Goloboff reflexiona sobre la literatura escrita desde el exilio,³ situada no en un espacio fijo sino en el (no)lugar de lo desplazado y, en consecuencia, en el acto mismo del desplazamiento y lo discontinuo.⁴

Sin establecer ni remotamente recetas al respecto, pienso que el recuerdo y la decantación de los hechos, a veces necesitan de otras fuerzas de atracción. Hay una buena parte de una buena literatura que se nutre de la pérdida y de la ausencia, y eso me ha llevado a pensar, extremando quizás las cosas, que la propia literatura es exilio, pérdida, ausencia. Que no escribimos por estar en un sitio sino por carecer de él, y que la literatura es ese movimiento (también, por qué no, ese

² Sin dudas, el exilio se descubre como una de las dimensiones del genocidio. Ana Arregui explica los motivos: “Entonces, para reubicar el exilio como una de las dimensiones de las prácticas genocidas, es necesario aclarar en primer lugar que no se trata de una adjetivación específica para señalar una represión más feroz de la que se ha padecido, extrema, tremendamente dura e inhumana, sino que ha sido una práctica social destinada a desestructurar y reestructurar de forma distinta la sociedad en la que se aplica” (2011: 34).

³ Su hipótesis es más radical aun, en tanto que sostiene que la literatura occidental se constituye sobre estos desplazamientos: “Es cierto que las literaturas occidentales nacen bajo este signo y lo nutren con generosidad a lo largo de los tiempos. Protagonistas o autor deben pasar por la prueba del alejamiento, casi siempre como castigo, como condena mayor” (1990: 11). Señala que, en efecto, “una muy buena parte de la literatura imaginativa no parece tener otro objeto que el de dar cuenta siempre de traslaciones, movimientos voluntarios o involuntarios, desplazamientos” (1990: 12). Goloboff se remite a las *Aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt a los efectos de subrayar que en “Au revoir” sostenía que “si Martín Fierro no se hubiera apartado del rincón donde nació, no tendríamos hoy el relato de sus aventuras” (1990: 11). Es ésta la idea que también plantea Tununa Mercado, víctima del exilio forzado. Según ella, el destierro es la condición por excelencia de la narración: “es tan intenso el poder de ruptura que tiene desplazarse hacia otro lugar atravesando las puertas de la propia casa, ciudad o país, que ese acto, por sí solo, en su mismo enunciado, constituye la novela por excelencia: para narrar hay que irse, abandonar el sitio propio, saltar por encima del círculo de nubes y llamas en el que se está para entrar en otro mundo y allí, con un baluceo al principio, buscar el modo de decir por primera vez lo que se ha perdido” (2014: 25).

⁴ Améry es rotundo en este sentido, en tanto afirma que la pérdida de la patria supone un hecho que no tiene vuelta atrás: “Digámoslo una vez más con toda claridad: no existen ‘nuevas patrias’. La patria es la tierra de la infancia y de la juventud. Quien la ha perdido, se convierte en un errabundo, por más que en el extranjero haya aprendido a no tambalearse como un borracho y a hollar el suelo sin temor” (2001: 120).

“desplazamiento”) que persigue un suelo donde habitar, una patria donde guarecerse, probablemente sin encontrarlos jamás. Tal vez, en definitiva, los que así escribimos lo hacemos porque hemos perdido una tierra primordial, a la que nunca podremos recuperar, y nuestros textos son la búsqueda y el testimonio de esa falta. Queda entonces, como único albergue la memoria: un ámbito donde las sombras crecen exageradamente y en el cual, mediante esfuerzos casi sobrehumanos, se intenta conservar, redecir, reelaborar, las palabras cada vez más lejanas de la tribu (1990: 13-14).

Cercana a la idea de George Steiner sobre la extraterritorialidad inherente a los escritores (2009), la hipótesis de Goloboff plantea toda literatura como una forma de exilio. En efecto, un pensador como Héctor Murena (2006) considera que el desarraigo es la condición por excelencia del hombre americano, producto de la inmigración europea. De allí la figura del *desterrado*. Ante el exilio real, el escritor se enfrenta al contacto con una nueva lengua (aun en los lugares en los que se habla su mismo idioma):

De las innumerables vicisitudes que a un escritor, como a toda persona, pueden ocurrirle en la vida (nacer, crecer, enamorarse, ganar y perder seres queridos, participar o no en la vida social y política, viajar, padecer, amar, vivir, morir), desde el punto de vista de su relación con el oficio no debe haber hecho más trastornador y transformador que el de encontrarse en un ámbito lingüístico diferente a aquél que es y fue siempre su medio natural (Goloboff 1990: 11).

Claro que tal enfrentamiento tiene incidencias en la materia de lo escrito y en la literatura que se conforma con ese lenguaje. Dice Goloboff: “Perder el contacto con el sitio donde su lengua se habla y se escribe, se estudia, se renueva, se rehace, vive, constituye sin duda para él una fuente de conflictos que no puede dejarse de lado cuando pensamos el exilio de un escritor, sus vivencias fuera del suelo natal” (1990: 11). Fabio Morábito, cuya identidad se encuentra también atravesada por el exilio y la migrancia de un alengua a otra, se sitúa en la misma línea de pensamiento al aventurar que es el uso mismo del lenguaje el que significa una forma de desplazamiento. En su texto *El idioma materno* (2014), postula:

¿no es el lenguaje, de por sí, una forma de migración? Por el simple hecho de hablar, de escoger ciertas palabras en lugar de otras, ¿no quedamos expuestos los seres humanos a la intuición de la diversidad lingüística? ¿No existe en el seno de cualquier idioma, en el hecho de la pura interacción verbal, con sus deslices y sus malentendidos inevitables, con sus correcciones y sus pulimentos también inevitables, la conciencia latente de que sería posible decir de otro modo lo que estoy diciendo, no sólo cambiando el lugar y la entonación de estas palabras, sino usando otras palabras? (2014: 67).

La conciencia del hablante al momento de elegir los recursos del paradigma lingüístico que convertirá en opciones efectivas constituiría para Morábito un modo de desplazamiento en el plano de lo lingüístico.

La biografía y trayectoria de Sylvia Molloy están marcadas por el contacto con diferentes lenguas desde su infancia. En varios de sus textos ensayístico-biográficos reflexiona sobre el bilingüismo y acerca de esta condición a la que ella misma se refiere

con la expresión “Vivir entre lenguas”, como se titula su ensayo de 2015.⁵ En este libro reflexiona sobre el fenómeno de *code switching* o *switcheo*, como lo denomina ella. En simultáneo, cavila acerca de la convivencia de lenguas en la praxis escrituraria, aun cuando ellas no coexistan visiblemente en la escritura: “Siempre se escribe desde una ausencia: la elección de un idioma automáticamente significa el afantasmamiento del otro pero nunca su desaparición. Ese otro idioma en que el escritor no piensa, dice Roa Bastos, lo piensa a él” (2015: 24). En la misma dirección, Morábito se refiere a la conciencia del lenguaje en el mundo post-babélico: “Siempre que hablamos, hablamos sobre un trasfondo, conocido o meramente intuido, de una diversidad de lenguas. Sólo podemos hablar porque nuestro idioma no está solo” (2014: 68).

Ya antes Molloy había caracterizado la lengua no usada por el bilingüe como una ausencia siempre latente, una ausencia al fin que marca una permanente presencia:

Hay (es necesario encontrar) un punto de apoyo y desde ese punto se establece la relación con la otra lengua como ausencia, más bien como sombra, como objeto de deseo lingüístico. A pesar de que tiene dos lenguas, el bilingüe habla como si siempre le faltara algo, en permanente estado de necesidad. (Esta última frase la traduzco del francés *état de besoin*). La expresión describe, entre otras cosas, el estado del adicto que necesita otra dosis, otro *fix* (2015: 23).

La condición “entre lenguas” está siempre presente aun cuando no se exprese de manera patente. En el apartado llamado “Frontera” del mismo libro, la escritora explica la esencia lingüística del sujeto bilingüe, por la cual se produce un desdoblamiento en el decir que se yuxtapone a los dobles propios de cualquier lenguaje. Esto implica, a su vez, una alteridad en el plano de lo lingüístico:

Ser bilingüe es hablar sabiendo que lo que se dice está siempre siendo dicho en *otro* lado, en muchos lados. Esta conciencia de la inherente rareza de toda comunicación, este saber que lo que se dice es desde siempre ajeno, que el hablar siempre implica insuficiencia y sobre todo *doblez* (siempre hay *otra* manera de decirlo) es característica de cualquier lenguaje pero, en la ansiedad de establecer contacto, lo olvidamos. El bilingüismo explícito del que maneja más de una lengua –por hábito, por comodidad, por desafío, con fines estéticos, ya simultáneamente, ya sucesivamente– vuelve patente esa otredad del lenguaje. Esa es la fortuna del bilingüe; y es también su desgracia, su *undoing*: su des-hechura (2015: 68-69). (Énfasis en el original).

Sin dudas, la extranjería, esto es, la alteridad del sujeto exiliado, aplica también sobre el lenguaje: si éste se halla indisociablemente unido a la identidad, “pasar de una lengua a otra exige la mutación del ser” (Morábito 2014: 69).⁶ El desplazamiento en el nivel de lo lingüístico tiene su homóloga correspondencia en el plano de la subjetividad.

La escritora y lingüista Ivonne Bordelois se ha dedicado a analizar, en libros como *La palabra amenazada* (2005), no solamente el lenguaje en sí mismo, sino

⁵ En diversos fragmentos de otro de sus textos, *Varia imaginación* (2003), la reflexión sobre el recuerdo que provocan ciertas palabras asociadas a determinados ámbitos y tiempos es recurrente, como por ejemplo el momento de la costura en su hogar cuando era niña. Sin dudas, la lengua suscita el recuerdo que permitirá luego articular la memoria.

⁶ Al hablar del pasaje que opera Drácula al inglés, Morábito explica que “para el vampiro sólo es posible hablar otro idioma convirtiéndose en otra persona” (2014: 69).

también sus silencios, una opción simbólica no siempre tenida en cuenta en nuestra cultura occidental. En *Del silencio como porvenir* (2010) plantea en cuantiosas oportunidades la ecuación que equipara lengua con identidad. A partir de allí, esboza la noción de *feeling* como aquel sentimiento, sensibilidad o afecto que hace inclinarse u optar a los hablantes por una lengua u otra, según sea la palabra o frase que quieran enunciar. Sin dudas, el idioma se vincula con el plano del sentir, de allí su ulterior relación con la identidad⁷ pues, como lo señala Jean Améry –quien perdiera su lengua en el campo de concentración nazi– “lengua materna y tierra natal crecen con nosotros, arraigan en nuestro interior y crean esa sensación de familiaridad que nos garantiza la seguridad” (2001: 119).⁸

Por su parte, Cassin, filósofa, traductora y filóloga, aporta con sus estudios al planteo de la lengua como constitutiva de la identidad. En su texto *La nostalgia. ¿Cuándo es que, por fin, uno está en su hogar? Ulises, Eneas, Arendt* (2014) pone en el foco del análisis, a partir de la literatura y la filosofía, diferentes casos de exilio geográfico y también lingüístico e, inclusive, ejemplos paradigmáticos de interdicción de la lengua madre (como sucede con Eneas). Así, se aboca a estudiar la relación entre patria, exilio y lengua materna. En este marco, sostiene la hipótesis de que el idioma materno forja la subjetividad de los individuos, en una relación que, según la autora, es de mutua pertenencia:

La lengua materna no se parece a ninguna otra no solo porque es la lengua de la madre y porque madres hay una sola, sino porque ella fabrica nuestro ser en una imbricación de naturaleza y de cultura imposibles de desembrollar. ¿Cómo tener una lengua sin “ser” por ello mismo fabricado por ese baño sonoro de significativo y de vida, sin que ella nos tenga? ¿Cómo pensar ese privilegio de la lengua materna sin concebir, al mismo tiempo, que es superior a las demás, que es genial? ¿Cómo evitar el problema abrumador del “genio” de las lenguas? (2014: 83).

Hannah Arendt se dedicó a reflexionar en muchos de sus textos sobre este acontecimiento que, según ella, llevó a un “pensar sin barandillas” puesto que produjo la ruptura de toda tradición. Dentro de estas investigaciones, el lenguaje, asociado con

⁷ La autora postula la voz inglesa *feeling* en los siguientes términos: “Y estas preguntas reconducen a nuestro *feeling* interno por los distintos idiomas que conocemos y aún más, a los diferentes escorzos de personalidad que se desarrollan en nosotros mismos, a partir de nuestro trato con diferentes lenguas: ¿esto lo digo mejor en inglés o en francés? ¿Suena mejor el español de esta manera, en este tema, para esta persona? ¿Me gusta cantar en italiano, reír en francés, insultar en inglés, flirtear en español o viceversa? ¿Con qué lengua me siento más profunda, con cuál más feliz, con cuál más veloz, con cuál más inteligente, con cuál más yo misma? ¿Me enamoraría de esta persona si no hablara portugués?” (2010: 72).

⁸ Con Améry sucede que, como los otros prisioneros, debió adoptar la lengua del victimario: “En vez de un ‘desmoronamiento’ de la lengua materna, preferiría hablar de su atrofia. En efecto, nos desenvolvíamos no sólo en una lengua extraña, sino también, cuando nos servíamos del alemán, en el espacio cada vez más mermado de un vocabulario reiterativo. En virtud de una necesidad férrea, las conversaciones con nuestros compañeros de infortunio giraban siempre en torno a los mismos temas: en un primer momento sobre cuestiones de sustento, sobre permisos de residencia y pasaportes, posteriormente, bajo la ocupación alemana, sobre el peligro de muerte. Nuestros interlocutores no nutrían nuestro lenguaje con nueva savia, sólo nos devolvían el reflejo de la nuestra. Girábamos siempre en el círculo de los mismos temas, las mismas palabras, las mismas frases, y como máximo enriquecíamos nuestra lengua del modo más odioso, a saber: introduciendo negligentemente préstamos de la lengua del país de acogida” (2001: 125).

lo político y él mismo una forma de acción política para el ser humano, adquiere una importancia fundamental. Asimismo, la autora reflexiona sobre el lugar que ocupa la lengua materna en su vida luego de la catástrofe. El 28 de octubre de 1964 es entrevistada para la televisión de Alemania Occidental por Günter Gauss. La entrevista se titula *¿Qué queda? Queda la lengua materna*. El título retoma una de las respuestas de Arendt, quien, frente a la pregunta de Gauss de “si añora la Europa del período prehitleriano”, “¿qué queda y qué se ha perdido irremisiblemente?”, ella contesta de manera rotunda: “¿La Europa del período prehitleriano? Le aseguro que no la añoro. ¿Qué queda? Queda la lengua”. A partir de allí se desarrolla toda una reflexión sobre la lengua materna, que permanece como reaseguro de que algo ha sobrevivido a la catástrofe. Cuando Gauss la interroga sobre si el hecho de que permanezca el idioma materno significa mucho para ella, ella replica, también de manera flagrante: “Mucho. Me he negado siempre de manera consciente a perder mi lengua materna. Siempre he mantenido ciertas distancias, tanto respecto del francés, que llegué a hablar muy bien, como del inglés, la lengua en que hoy escribo”. A continuación, Arendt enuncia, desde su propia experiencia, las divergencias entre la lengua materna y el resto de los idiomas que maneja:

Escribo en inglés, pero no he perdido las distancias respecto del inglés. Hay una diferencia abismal entre tu lengua materna y todas las demás. En mi caso puedo expresarlo con total sencillez, en alemán me sé de memoria una buena parte de la poesía alemana; estos poemas se mueven siempre, de algún modo, en el fondo de mi cabeza –*in the back of my mind*. Y esto naturalmente es irreplicable. En alemán me permito cosas que nunca me permitiría en inglés; es cierto que ahora, a veces, me las permito también en inglés, simplemente porque me he vuelto muy atrevida, pero en general he mantenido una distancia. El alemán es, en todo caso, lo esencial que ha quedado y lo que yo siempre he conservado conscientemente.

Por último, Arendt reflexiona, de manera general y concisa, acerca de los alcances del horror sobre la lengua, destacando que en todo caso no fue ella la responsable de la barbarie: las consecuencias del genocidio sobre la lengua fueron por acción de los victimarios. Esgrime: “Me dije a mí misma: ‘Bueno, ¿qué puede hacerse? No fue el alemán el que enloqueció’. Y en segundo lugar es que no hay sustituto de la lengua materna. Se la puede olvidar, eso es cierto: yo lo he visto”. En Arendt, la lengua materna es identidad, es historia, es patria, al mismo tiempo que es lo que sobrevive al horror y, en última instancia, permite la transmisión de lo vivido. Los aportes de esta autora son centrales en lo que refiere a genocidio y lenguaje, así como en cuanto a aquél e idioma materno.

A propósito de los vínculos que pueden plantearse entre la lengua y el relato del horror nos remitimos nuevamente a Molloy, quien se refiere específicamente a la “Lengua y trauma”, preguntándose por qué lengua emplear para el acto de articular en palabras lo traumático:

¿Se puede hablar de trauma en el idioma que se hablaba –es decir, en el idioma en que se *era*– en el momento del evento traumático? Pienso en Elie Wiesel quien, antes de Auschwitz, dedicó un año a estudiar *otra* lengua, el francés, y en ella escribió su obra como desafío: “Quería demostrar que había entrado en una nueva época, probarme a mí mismo que estaba vivo, que había sobrevivido. Quería seguir siendo el mismo, pero dentro de otro paisaje”. Pienso: para narrar lo indecible Wiesel quería sobre todo desestabilizar la naturalidad con que hablaba

las otras lenguas. Pienso también en Olga Bernal, quien también cambió de paisaje lingüístico, posiblemente por las mismas razones. Primero pasó del checo al francés para escribir su obra crítica, y al final de su vida, cuando por alguna razón se sintió llamada a dar testimonio del trauma de los campos, volvió a cambiar: el francés se le había vuelto demasiado familiar. O mejor dicho, cambió de modo de expresión: dejó la literatura por la escultura (2015: 61-65).

Frente a esta postura, muchas veces se modula la idea contraria a la manera de hipótesis de que solo en la lengua en la que tuvieron lugar los hechos es que se puede contar. Es el caso de textos literarios como los de Laura Alcoba, en donde se verá este doble empleo de lenguas, en cuanto síntesis que resume, como por una especie de alquimia desconocida, un doble movimiento de distancia y cercanía hacia las dos lenguas en cuestión. Así, a pesar de que esa lengua otra, ancilar, es la utilizada para la difícil tarea de poner en palabras el trauma, hay ciertos hechos que solamente pueden escribirse en castellano no porque sea la lengua materna, sino porque es el idioma en el cual se vivieron los hechos, como lo ejemplifica la escritura del sobreviviente y escritor del genocidio Paul Celan: se trata de los núcleos centrales de la historia.

Apenas terminada la guerra, por caso, un amigo se sorprendió de que Celan pudiera seguir escribiendo poemas en el idioma que había acuñado consignas como *Endlösung* (solución final) y *judenrein* (limpio de judíos), destinadas a acabar con cosas tales como su poesía. Después de todo, hablaba rumano casi como un nativo, y su francés era perfectamente fluido. Celan respondió: “Sólo en la lengua materna se puede decir la propia verdad; en una lengua extraña, el poeta miente”. Y paulatinamente, creo, se le fue haciendo claro que a las verdades de la catástrofe de los judíos europeos sólo se las podía expresar en alemán, justamente porque –y no a pesar de que– era lo que los asesinos hablaban (Felstiner 2007: 363).

En la línea de escritores que creen que el trauma habla en la lengua en la que se vivieron los hechos o, a la inversa, que el idioma propio contiene la vivencia traumática, podemos situar también a Ariel Dorfman. Condenado a múltiples exilios por persecuciones políticas, primero en Argentina, luego en Chile –lo que rescatan diversos textos de su producción– Dorfman estableció desde niño una relación particular y conflictiva con su lengua materna, el castellano. En el libro *Entre sueños y traidores. Un striptease del exilio* (2012), relata que en 1945, siendo aún un niño, decidió renunciar a la lengua de sus padres, para adoptar definitivamente el inglés que conoció y aprendió en su estadía –que él creía definitiva– en Estados Unidos. Lo sorprendente fue que a una decisión consciente y deliberada siguió un hecho involuntario, como lo fue el efectivo olvido de la lengua materna. No obstante, en uno de sus tantos regresos a Chile luego del golpe militar y ya adulto, el escritor se pregunta por su lengua materna, la de los perpetradores pero también la de las víctimas. Lo hace ahora con la consciencia de que ese idioma es irreprimible y de que sus términos son los signos más adecuados para el relato de la barbarie, si tal cosa es posible:

¿Y el castellano? El castellano en que había perecido Pepe en Chile, el castellano que mascullaban sus verdugos cuando se le aproximaron, ese castellano que me atendía, junto a mi muerte posible, tan pronto como volviera al Santiago de la mismísima puta muerte, ¿qué había del castellano que me desbordaba por dentro y por fuera? ¿El castellano que exigía transmitir esta historia en la lengua de las

víctimas, en el tartajeo de los ejecutantes, el castellano que sabía que era fundamental que la comunidad y el país recordaran nuestra tragedia con su propia sintaxis, que solo así podrían las palabras domesticar los bosques del terror? (2012: 16-17).

El fenómeno de *code switching* mencionado más arriba es uno de los aspectos que Méri Frotscher analiza en su artículo “Lengua, memoria e identidad. Consideraciones metodológicas sobre historias de vida de migrantes bilingües” (2013). El artículo expone parte de su trabajo de campo con entrevistas a migrantes bilingües, quienes han sido víctimas, directa o indirectamente, de traumas históricos colectivos y que en general han visto en el exilio la única forma de supervivencia. Concretamente, una de las líneas de estudio radica en estudiar las diversas significaciones del empleo de la lengua materna en medio de las entrevistas por parte de los entrevistados, al contar sus historias de vida y los hechos traumáticos que tomaron parte en ellas. La autora explica:

Al iniciar el trabajo de reconstrucción de historias de vida de personas que se desplazaron entre Brasil y Alemania en la primera mitad del siglo XX, pudimos observar la dificultad de algunas personas de edad más avanzada de expresarse en portugués, por haber vivido en un ambiente sociocultural en el que trazos de la cultura y del idioma alemanes son aún relativamente mantenidos. En estos casos, el uso del idioma alemán en las entrevistas facilita la rememoración de hechos y procesos, algunos de ellos traumáticos, como es el caso de la guerra y de la ocupación de Alemania, o incómodos, como el nazismo (2013: 182).

A colación del vínculo entre memoria y lengua materna, Frotscher se remite a la psicología para explicarlo:

Sobre el proceso de rememoración, el psicólogo social Harald Welzer, al discutir descubiertas de las neurociencias y de la psicología cognoscitiva, apunta que el proceso de rememoración es facilitado cuando él ocurre en circunstancias sociales semejantes a aquellas de lo hecho vivido. [...] Entendemos que en una situación de entrevista, el empleo de la misma lengua usada durante los acontecimientos ocurridos en el pasado y de los cuales se trata en la conversación pueden facilitar la rememoración (2013: 182-183).

Según Welzer, al ser uno de los elementos de las circunstancias sociales evocadas, la lengua permitiría recrear el contexto de los hechos, con lo que la memorización se vería facilitada. Nuevamente Frotscher apela al ámbito de la psicología a los efectos de destacar la importancia del lenguaje (si bien, como señala la autora, se diferencia –al menos en parte– de la lengua) en tanto que es el que permite establecer relaciones interpersonales y transmitir la memoria:

La psicóloga social Ecléa Bosi, aun cuando no se refiera específicamente a la lengua o a idioma, pero al lenguaje, el cual abarca diversas formas de expresión, conecta memoria al lenguaje [sic]. Al dedicarse a la reflexión sobre recuerdos de ancianos, la autora recuerda que la memoria no es pura, pero mediada por el lenguaje: “el instrumento decisivamente socializador de la memoria es el lenguaje” (2013: 183).

En otro orden de cosas, el empleo de la lengua materna, aquella en la que además se vivieron los hechos, responde a motivos pragmáticos en términos conversacionales, puesto que, al mismo tiempo, las palabras de ese idioma se presentan como las más idóneas y precisas a los efectos de lo que se está narrando: “La posibilidad de usar el idioma alemán permitió también a algunos entrevistados el empleo de expresiones contemporáneas a los hechos vividos en Alemania, sin la necesidad de traducción y mayores explicaciones a la interlocutora” (Frotscher 2013: 183). Finalmente, Frotscher señala que “el tema del enunciado es uno de los factores señalados por los sociolingüistas, etnolingüistas y analistas del discurso para las elecciones hechas por personas con bilingüismo” (2013: 187). En las historias que ella analiza, las cuales, como se dijo, se relacionan con eventos traumatizantes, se exhibe entonces un intenso vínculo entre memoria, trauma, lengua e identidad.

Frotscher concluye: “así como la cultura, la lengua tiene una función en el establecimiento de significados que permitan a los sujetos posicionarse identitariamente” (2013: 197). Sin dudas, la lengua materna se vincula directamente con los procesos identitarios y con la habitabilidad de un espacio simbólico y real que posicionan al sujeto en el lugar de lo familiar: “Lengua materna y tierra natal crecen con nosotros, arraigan en nuestro interior y crean esa sensación de familiaridad que nos garantiza la seguridad” (Améry 2001: 119).⁹ Morábito habla, en este sentido, de la lengua materna (en el apartado “El idioma materno” de su libro homónimo ya citado) como algo que siempre regresa al contar todo tipo de historias. Citamos el ensayo completo como cierre de este trabajo, en el que destacamos la importancia de la lengua materna al momento del relato del trauma del exilio:

Es un hueso duro de roer. Cuando se cree que por fin nos liberamos de sus palabras, sus giros sintácticos, sus modismos intraducibles a otros idiomas, y que después de tantos años de hablar, soñar, amar e injuriar en otra lengua, uno se ha emancipado de su atadura, resulta que, al igual que estas calcificaciones de materia marina que se adhieren al cuerpo de las ballenas y que semejan enormes quistes, el viejo idioma no ha desaparecido, sólo se ha replegado en ciertas zonas, una de las cuales, quizá la más resistente, es el llanto. No se llora a secas, en abstracto, sino en el seno de una lengua concreta, de ahí que muchos individuos que adoptaron otra lengua, cuando lloran, sienten que lloran todavía en su primer idioma. Así, al dolor que produjo el llanto se suma la congoja de saber que no se han desprendido de su viejo llanto, de su viejo idioma; que siguen viviendo y hablando en materno, lo que es particularmente duro para aquellos que se han aventurado a escribir unos libros en el idioma de adopción, pues temen que tarde o temprano llegará alguien a quitarles la fina cubierta y descubrirá debajo de lo que escribieron el hueso duro de roer, el idioma remoto, el viejo llanto, y los acusará de no haber hecho más que trasladar palabras de su primera lengua, o sea de haber fingido todo el tiempo. Así, el extranjero más extranjero de todos es aquél que escribe en otro idioma, en virtud de una doble extranjería: la de la escritura, que es una traición al mundo, y la de escribir en una lengua que no es la materna, que es una traición al habla. Pero tal vez esa traición a la lengua de origen radica la sola salvación posible, el único perdón al que puede aspirar un escritor por haberse apartado del mundo y del habla. Porque todo escritor, bien

⁹ Según Bordelois, la condición de exiliado es la que mejor permite advertir el completo significado de la lengua materna: “Los exiliados saben qué riqueza entrañable y profundamente añorable representa la lengua madre” (2005: 136).

visto, se hace escritor gracias a esta traición,¹⁰ se aparta de la lengua madre para adoptar una lengua que no es la propia, una lengua extranjera, una lengua sin lágrimas. Se abdica del idioma materno porque se abdica del llanto porque sólo dejando de llorar se puede escribir (2014: 175-176).

¹⁰ El primer texto del libro de Morábito se titula “Scrittore, traduttore” y reflexiona sobre el contenido de este célebre adagio. Como puede observarse, el texto “El idioma materno”, último del libro, retoma la idea de traición tradicionalmente implícita en la traducción y la hace extensiva al uso de toda lengua extranjera.

Bibliografía

- Améry, Jean 2001 (1977) Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia (Valencia: Pre-Textos)
- Arregui, Ana 2011 “Genocidio y exilio” en Jozami, María Ester, De exilios y destinos. El extranjero: un sujeto fuera de lugar (Buenos Aires: Letra Viva). Pp. 31-38.
- Bocchino, Adriana, Marinone, Mónica, Tineo, Gabriela, Mercère, Emiliana, Lorenzano, Sandra, Quintero Herencia, Juan Carlos 2008) Escrituras y exilios en América Latina (Mar del Plata: Estanislao Balder).
- Bordelois, Ivonne 2005 La palabra amenazada (Buenos Aires: Libros del zorzal).
- Bordelois, Ivonne 2010 Del silencio como porvenir (Buenos Aires: Libros del zorzal).
- Cassin, Barbara 2014 (2013) La nostalgia. ¿Cuándo es que, por fin, uno está en su hogar? Ulises, Eneas, Arendt (Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Nueva visión)
- Dorfman, Ariel 2012 Entre sueños y traidores. Un *striptease* del exilio (Buenos Aires: Seix Barral)
- Felstiner, John 2007 “Traducir ‘Todesfuge’, de Paul Celan: ritmo y repetición como metáforas” en Friedlander, Saúl (comp.) En torno a los límites de la representación. El nazismo y la *solución final* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes). Pp. 359-385.
- Gaus, Günter 1964 ¿Qué queda? Queda la lengua materna. (Entrevista a Hannah Arendt). Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=WDovm3A1wI4>.
- Ginzburg, Carlo 2000 Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia. (Barcelona: Península).
- Goloboff, Gerardo 1990 “Las lenguas del exilio” en América: Cahiers du CRICCAL, n°7, L'exil et le roman hispanoaméricain actuel. pp. 11-16; Disponible en: http://www.persee.fr/doc/ameri_0982-9237_1990_num_7_1_1010
- González de Oleaga, Marisa, Carolina Meloni González y Carola Saiegh Dorín 2019 Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de memoria (Temperley: Tren en Movimiento).
- Lacan, Jacques 1957 “El psicoanálisis y su enseñanza” en Escritos I. Psicolibro. Pp. 162-170. Versión digital disponible en: <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/33%20Los%20Escritos%20de%20Jacques%20Lacan.pdf>
- Le Breton, David 2006 (1997) El silencio (Madrid: Sequitur)
- Lorenzano, Sandra 2001 Escrituras de sobrevivencia. Narrativa argentina y dictadura. (México DF: Universidad Autónoma Metropolitana).
- Mercado, Tununa 2014 “Ejercicio literario sobre la memoria” en Estudios de Teoría Literaria (Mar del Plata) Año 3, n° 6. Pp. 23-28.
- Molloy, Sylvia 2003 Varia imaginación (Rosario: Beatriz Viterbo).
- Molloy, Sylvia 2010 Desarticulaciones (Buenos Aires: Eterna Cadencia).
- Molloy, Sylvia 2015 Vivir entre lenguas (Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Eterna Cadencia).
- Molloy, Sylvia 2017 Citas de lectura (Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ampersand).
- Morábito, Fabio 2014 El idioma materno (Santiago de Chile: Hueders).
- Murena, Héctor 2006 El pecado original de América (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica)
- Nancy, Jean-Luc 1996 “La existencia exiliada” en Archipiélago (Barcelona) n° 26-27. Pp. 34-40.

Steiner, George 2009 (1971) *Extraterritorial* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo).